



DOMINGO DE LA 10ª SEMANA DEL T. ORDINARIO: «CORPUS CHRISTI»

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Éxodo (Ex 24, 3-8).
Salmo Responsorial	Salmo 115 (Sal 115, 12-13. 15-16. 17-18).
2ª Lectura	De la carta del Apóstol San Pablo a los Hebreos (Heb 9, 11-15).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ^① **SEGÚN SAN MARCOS (Mc 14, 12-16. 22-26):**

El primer día de los Ácimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

Él envió a dos discípulos, diciéndoles: «Id a la ciudad, os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Cuál es la habitación donde voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, acondicionada y dispuesta. Preparádnosla allí»

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la Pascua.

Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: «**Tomad, esto es mi cuerpo.**» Después, tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. Y les dijo: «**Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos.** En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios».

Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos.

^① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



**«TOMAD, ESTO ES MI CUERPO» ...
... «ESTA ES MI SANGRE DE LA ALIANZA,
QUE ES DERRAMADA POR MUCHOS»**

Quando celebramos la Misa, no hacemos una simple representación de lo que pasó en la Última Cena. ¡No! Es la misma Última Cena. Es vivir realmente la Pasión, la muerte redentora del Señor una vez más.

El Señor se hace presente en el altar para ser ofrecido al Padre por la salvación del mundo. La misa no se 'oye', en la misa se participa porque la Eucaristía es una verdadera conmemoración, es decir, es una *teofanía* (manifestación o revelación de la Divinidad), en la que Dios se acerca y está con nosotros y nos hace participar en el misterio de la redención.



PAPA FRANCISCO

Miércoles, 9 de diciembre de 2020

Catequesis 18. La Oración de Súplica (1/2)

La oración cristiana es plenamente humana, por eso incluye la alabanza y la súplica. De hecho, cuando Jesús enseñó a sus discípulos a rezar, lo hizo con el “Padrenuestro”, para que nos pongamos con Dios en la relación de confianza filial y le dirijamos todas nuestras necesidades. Suplicamos a Dios por los dones más sublimes: la santificación de su nombre entre los hombres, el advenimiento de su reino, la realización de su voluntad de bien en el mundo.

Pero en el “Padrenuestro” rezamos también por los dones más sencillos, por los dones más cotidianos, como el “**pan de cada día**” –es decir la salud, la casa, el trabajo, las cosas de todos los días-; rezamos por el perdón de los pecados -siempre necesitamos el perdón-, y por tanto la paz en nuestras relaciones; y rezamos, finalmente, que nos ayude en las tentaciones y nos libre del mal.

Pedir, suplicar. Esto es muy humano. Escuchamos en el Catecismo: *«Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia Él»*.

Si uno se siente mal porque ha hecho cosas malas, cuando reza el Padrenuestro ya se está acercando al Señor. A veces podemos creer que no necesitamos nada, que nos bastamos nosotros mismos y vivimos en la autosuficiencia más completa. Pero antes o después esta ilusión se desvanece. El ser humano es una invocación, que a veces se convierte en grito, a menudo un grito contenido. El alma se parece a una tierra árida, sedienta, como dice el Salmo 63.

Todos experimentamos, en un momento u otro de nuestra existencia, el tiempo de la melancolía o de la soledad. La Biblia no se avergüenza de mostrar la condición humana



marcada por la enfermedad, por las injusticias, la traición de los amigos, o la amenaza de los enemigos. Y en estas situaciones aparentemente sin escapatoria hay una única salida: el grito, la oración: «¡Señor, ayúdame!».

Los seres humanos compartimos esta invocación de ayuda con toda la creación. No somos los únicos que “rezamos” en este universo: cada fragmento de la creación lleva inscrito el deseo de Dios. Y San Pablo lo expresó de esta manera: *«Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo»* (Rm 8,22-23).

...Seguirá D.m. la próxima semana (y2).



6. Padre Trabajador



Un aspecto que caracteriza a san José, y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social «**Rerum novarum**» de León XIII, es su relación con el trabajo.

San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y

el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en una oportunidad de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia.

Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar, para todos, una llamada a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una “normalidad” en la que nadie quede excluido.

La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser una llamada a revisar nuestras prioridades. Imploramos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: **¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!**

Continúa, D.m. la próxima semana...





LA EUCARISTÍA (2) – MISTERIO DE FE

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros?

Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo». El Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir «Tomad, esto es mi cuerpo» ... «esta es mi sangre de la alianza...», sino que añadió: «que es derramada por muchos». La Eucaristía es la presencia real de Cristo: «...Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos.» (Mt 28, 20).

(Jn, 37- 54). «En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día».

(Jn, 55-68) «Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá



por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún. Muchos de sus discípulos, al oírlo, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?». ... El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. ... Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna».

Este es el único caso en que se afirma que Jesús fue abandonado por algunos discípulos por lo que decía, y Jesús no les impidió apartarse de él. Él no les dijo: "Sólo estoy hablando simbólicamente". Se arriesgó a perder a todos sus discípulos.

(Jn, 26-27). «Jesús les contestó: En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre».

(Jn, 30-35). «Le replicaron: ¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Pan del cielo les dio a comer"». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. Entonces le dijeron: Señor, danos siempre de este pan. Jesús les contestó: Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

(Cor 11, 27) «El que come el pan o bebe la copa del Señor indignamente, peca contra el cuerpo y la sangre del Señor».